

## ESO ES TODO

Don José Nicolau Bondía, cuenta ya con noventa primaveras. A lo largo de su vida, ha podido comprobar como en ocasiones la primavera no siempre florece llena de vida, sino que puede ser dura, cruda y hambrienta.

A los cinco minutos de estar sentado frente a don José, uno se podía dar cuenta que sus ojos expresaban una gran sabiduría, tenía la lección bien aprendida, al principio no sabía muy bien qué contarme, supongo que pensaba que no tenía cosas interesantes que explicar a un joven, por eso siempre que acababa de relatar alguna vivencia, levantaba los hombros y arqueando las cejas decía: “Eso es todo”, como si no tuviera importancia lo que acababa de decir.

Don José nació en el seno de una familia muy humilde, jornaleros, siendo el mayor de cuatro hermanos, dos varones y dos mujeres, vivían del sudor de su frente, y aunque no vivían holgadamente, el plato de “caliente” no faltaba ningún día en su mesa.

De su infancia tiene recuerdos felices, siempre andaba correteando por el campo, entre naranjos y arrozales, intentando atrapar alguna lagartija escurridiza, ya se sabe, cosas de chiquillos. A don José le gustaba ir a la escuela, aprender, y conocer cómo era el mundo, aunque pronto tuvo que dejarla, porque en casa siempre era necesario un jornal más.

Esta cierta tranquilidad se truncó como consecuencia directa de los acontecimientos del 17 de julio de 1936. José contaba con 18 años, cuando se vió con un fusil en la mano, encima de un camión con otros muchachos, la gran mayoría vecinos y amigos de su pueblo, por una carretera serpenteante y llena de baches, con dirección al frente. De la noche a la mañana tuvo que dejar a sus padres, hermanos, novia, amigos, casa, etcétera sin tener ninguna certeza de si algún día volvería a verlos...

La primera frase que don José dice cuando empieza a hablar de la guerra siempre es la misma: ¡Ay, nos cogieron dormidos!. Don José a lo largo de las conversaciones mantenidas con él, siempre repite la misma frase lapidaria, “Estábamos muy bien, y entonces nos cogieron dormidos”, todavía hoy sigue pensando que podría haberse evitado, y tras el paso de los años sólo tiene un deseo: “¡Que no vuelva!, ¡Que no vuelva!.

La guerra marcó su vida para siempre, recuerda el frío que pasó en las trincheras, el hambre, el dolor, el silbido de las balas cuando pasaban cerca, pero sobretodo el estruendo y destrucción de la artillería, siempre incesante, caía de día y de noche, de forma ininterrumpida.

Cuenta que la guerra fue muy dura, pero sobre todo en el Ebro, “aquello no tiene nombre –me explica con lagrimas en los ojos–, al principio parecía que la balanza se decantaba a nuestro favor, pero luego la cosa cambió y se convirtió en una guerra de desgaste, no estábamos preparados, ellos tenían buenos aviones, y mucha artillería, había días que no paraban de caer bombas. Cuando estaba todo perdido y tuvimos que retirarnos fue horroroso, porque los puentes habían sido destruidos, y ya no había tiempo, ni pontoneros para volver a levantarlos, los que intentaron cruzar el río, se los llevaba la corriente ahogándolos sin remedio”. Don José intentó escapar, eran varios los que se juntaron para poner a salvo sus vidas, no sabían muy bien que debían hacer, tuvieron suerte, pues se unió a ellos un teniente que dirigió el grupo de una forma más o menos organizada dentro del caos, “tuvimos suerte de encontrarnos con él, nos salvo la vida”.

Lo siguiente que recuerda don José es, que un par de días después por la mañana temprano, casi de noche, en una mañana fría como presagio de lo que iba a acontecer, cayeron presos. Lo primero que oyeron fue “¡Quietos, hijos de la Pasionaria!”, la incertidumbre, y el miedo se apoderaron de su persona, creyó que había llegado su fin, pensó que los iban a fusilar directamente, las amenazas y golpes se sucedieron, al teniente, lo separaron automáticamente del grupo, no lo volvió a ver...

Sus peores augurios no se cumplieron, pero los llevaron a un campo de prisioneros en Pamplona, en la plaza de toros, allí habían cientos de hombres apresados, el hambre y los maltratos eran la tónica habitual, así



Recordar, compartir, aprender

como las vejaciones, los insultos, las risas burlonas de sus carceleros y en ocasiones verdugos. Reconoce que tuvo suerte, porque muchos días a primera hora de la mañana llegaba un camión, subían a la fuerza a un grupo de presos y..., don José desvía su mirada y se queda en silencio, ¿Los llevaban a trabajar?, preguntó de forma inocente. Don José tiene la mirada perdida: “No, les daban el paseo”.

Pese a todas las penurias sufridas por don José, pudo salir al paso, y tuvo que comenzar de nuevo con su vida. Volvió a su pueblo, y para ganarse el pan, afiló su ingenio, demostrando que lo suyo era sobreponerse a las adversidades. Comenzó revendiendo sacos de tela que compraba en el puerto, para poder desplazarse se compró una bicicleta, que no podía pagar, pero el vendedor de la tienda se la vendió a plazos, fiándole los primeros, gesto que aún recuerda con gran gratitud. Poco a poco fue ganando algo de dinero que volvía a invertir en la compraventa de material para la construcción, y con mucho esfuerzo consiguió salir adelante, se compró una casa para poder vivir y años más tarde incluso un camión pequeño para continuar con sus negocios.

En cuanto a las aficiones de don José, reconoce que le ha gustado disfrutar de alguna obra de teatro, leer alguna novela, y leer el periódico, aunque me confiesa que ya no puede leer la prensa, pues sus ojos andan algo cansados y su vista ya no es lo que era. Además se confiesa un gran aficionado a los toros, le ha gustado sobremanera el toreo de Luis Miguel Dominguín, recuerda de manera muy especial una faena de la que fue testigo Don José, en la plaza de toros de Valencia, en la que el diestro en el cambio de tercio de picadores se llevó el toro de las tablas a los medios, con el capote por detrás del cuerpo, aún recuerda el clamor de la gente, Don José me confiesa que no ha vuelto a ver toreo igual al de Dominguín, “...tenía mucha clase, era un señor en el ruedo”.

Don José actualmente vive en una residencia, le gusta sentarse en el jardín y observar el trasiego de la gente, después de las conversaciones mantenidas, uno tiene la sensación de que hay mucha gente como él, con una historia que contar, pero quizá les falten oyentes, no debemos dejar perder la memoria histórica que encarnan nuestros mayores, y como diría mi amigo: “Eso es todo”.

## LO MEJOR DE LA VIDA

Don José explica que la vida no es fácil, que en ocasiones puede ser difícil y cruda, pero el afán de superación está por encima de las adversidades, todo el mundo quiere una buena vida, pero esto no siempre se consigue, por eso hay que saber sobreponerse a los malos momentos, porque si bien es cierto, que a veces se sufre mucho, también lo es que se obtienen buenas recompensas. El haber vuelto a empezar de cero en varios momentos de su vida, y haber conseguido sus objetivos, es sin duda una de las mejores recompensas que te puede dar la vida. Uno se reconforta pensando, que si las cosas le van mal, seguro que podrá volver a ponerlas en su sitio y volver a salir adelante, las veces que sea necesario.

Don José me ha dado buenos consejos: “Vive la vida, intenta siempre hacer el bien a los demás y sobretodo con la verdad por delante, siendo leal a tus ideas”.

Don José me agradece que pase unas tardes con él, lo que quizá él no sepa que soy yo quien debería estar agradecido de poder escucharle, y aprender de las experiencias que me ha transmitido, y seguro que continúa pensando que su vida no es tan importante como para que se interesen por ella, quizá cuando vaya a leerle estas líneas porque él ya no puede, cambie de opinión.